

A DONATO

San Cipriano de Cartago

(*Escrita en el año 246*)

San Cipriano

Son muchas y de valor las fuentes que nos informan sobre su vida. Las más importantes y fidedignas son sus propios tratados y su copiosa correspondencia. Para su arresto, juicio y martirio contamos con las Acta proconsularia Cypriani, que se basan en documentos oficiales. Hay, por fin, una Vita Cypriani, que se conserva en un gran número de manuscritos y pretende ser escrita por su diácono Poncio, que compartió con él el destierro hasta el día de su muerte (Jerónimo, De vir. ill. 58). Es la primera biografía que se conoce en la historia de la literatura cristiana primitiva, pero nos consta que carece de valor histórico. El autor, lleno de admiración por su héroe, ha escrito un panegírico, deseando que «este incomparable y sublime ejemplo pase a la posteridad como memorial perenne». Buscaba, pues, la edificación.

Cecilio Cipriano, apellidado Tascio, nació entre los años 200 y 210 en África, probablemente Cartago, en el seno de una familia pagana, rica y extremadamente culta. Adquirió gran prestigio en Cartago como hábil retórico y maestro de elocuencia. Pero su alma, disgustada por la inmoralidad de la vida pública y privada, por la corrupción en el gobierno y en la administración y tocada por la gracia, buscaba algo más elevado. «Bajo la influencia del presbítero Cecilio, de quien recibió el sobrenombre, se convirtió al cristianismo y dio todas sus riquezas a los pobres» (Jerónimo, De vir. ill. 67). Poco después de su conversión fue elevado al sacerdocio y el año 248 o a principios de 249 fue elegido obispo de Cartago «por aclamación del pueblo», pero con la oposición de algunos presbíteros más ancianos, entre los que se contaba un tal Novato. Llevaba apenas un año ejerciendo su nuevo cargo, cuando estalló la persecución de Decio (250). Esta persecución afectaba a todos los súbditos del imperio, que eran obligados a sacrificar. Cipriano se escondió en lugar seguro y se mantuvo en frecuente contacto con su grey y con su clero. Sin embargo, su huida no encontró la aprobación de todos. Poco después del martirio del papa Fabiano, los presbíteros y diáconos que estaban al frente de la Iglesia de Roma durante la sede vacante enviaron la notificación de su martirio, al mismo tiempo que expresaban por medio de

una carta su sorpresa por la huida del obispo de Cartago. Cipriano les mandó inmediatamente una relación detallada de sus actividades y explicó las razones que le indujeron a huir:

He creído necesario escribiros esta carta para daros cuenta de mi conducta, de mi conformidad con la disciplina y de mi celo. Así que estalló el primer disturbio, el pueblo me reclamaba con mucho criterio e insistencia. Entonces, según las enseñanzas del Salvador, preocupado de la paz de toda la comunidad, más que de mi propia seguridad, de momento acordé huir, a fin de evitar que mi imprudente presencia sirviera de incentivo al motín que se había armado. Pero, aunque ausente en el cuerpo, he estado presente en espíritu y con mis acciones y consejos, según la medida de mis pobres fuerzas, siempre que lo he podido, me he esforzado en dirigir a mis hermanos según los preceptos del Señor.

Incluyó en la carta las copias de otras trece escritas al clero, confesores y comunidades, para demostrar que no había abandonado sus deberes de pastor. Los últimos asuntos de esta colección hacen referencia a las dificultades que habían surgido entre tanto en Cartago. La reconciliación de los que habían negado la fe cristiana durante la persecución provocó vivas discordias, que desembocaron al fin en un cisma. Algunos confesores, creyéndose con autoridad en las cuestiones religiosas, exigían la inmediata reconciliación de los lapsi, o sea, de aquellos que más o menos gravemente habían negado su fe. Cuando Cipriano se negó a acceder, el diácono Felicísimo organizó un grupo con los adversarios del obispo, que pudo encontrar entre los confesores y los lapsi. Pronto se les unieron cinco presbíteros que habían votado contra él en su elección episcopal. Uno de ellos, Novato, mencionado más arriba, fue a Roma y allí apoyó al bando de Novaciano contra el nuevo papa Cornelio. Al volver Cipriano a Cartago, en la primavera del 251, excomulgó solemnemente a Felicísimo y a sus seguidores. Publicó dos cartas pastorales, que trataban de los apóstatas (De lapsis) y del cisma (De ecclesiae unitate). Probablemente en mayo del 251 se reunió un sínodo que confirmó los principios expresados por Cipriano y aprobó la excomunión de sus adversarios. Se decidió que todos los lapsos sin distinción fueran admitidos a la penitencia y reconciliados al menos a la hora de la muerte. La duración de la expiación debía variar según la gravedad del caso. Pronto se declaró una peste devastadora, dando ocasión a nuevos sufrimientos y persecuciones para los cristianos, a quienes se les hacía responsables de la indignación de los dioses. El celo desplegado por Cipriano en el cuidado de los enfermos y la ayuda caritativa que prodigó a todos los afligidos por la catástrofe contribuyó no poco a calmar la exasperación de los paganos. Desgraciadamente, los últimos años de su vida se vieron turbados por la controversia sobre el bautismo de los herejes. Parece que la tradición de Cartago repudiaba en absoluto tales

ritos. Tertuliano los declara explicitamente inválidos en su tratado De baptismo. Esta tesis fue sancionada por un gran concilio de obispos de África y Numidia, reunidos por Agripino hacia el 220 y confirmado por tres sínodos reunidos en Cartago los años 255 y 256 bajo la presidencia de Cipriano. El papa Esteban (254-256), informado de esta decisión, contestó en tono incisivo, poniendo en guardia a los africanos contra la introducción de novedades contrarias a la tradición. Cipriano no quiso cambiar de parecer. La disputa se envenenó rápidamente y llevaba camino de convertirse en peligrosa, cuando el emperador Valeriano promulgó un edicto contra los cristianos. En la persecución que siguió al edicto, el papa Esteban murió por la fe y Cipriano fue desterrado a Cucubis el 30 de agosto del 257. Un año más tarde, el 14 de septiembre del 258, fue decapitado no lejos de Cartago. Es el primer obispo africano mártir.

A Donato (Ad Donatum)

El tratado Ad Donatum es el primero que escribió Cipriano. Está dirigido a su amigo Donato , y describe los maravillosos efectos de la divina gracia en su propia conversión. Explica cómo, por medio del sacramento de la regeneración, pasó de la corrupción, violencia y brutalidad del mundo pagano y de la ceguera, errores y pasiones de su propia vida pasada a la paz y felicidad de la fe cristiana. Cuando Cipriano «confiesa» sus propias caídas y la gloria de Dios, recuerda las Confesiones de San Agustín:

Como me hallaba retenido y enredado en tantos errores de mi vida anterior, de los que no creía poder desprenderme, yo mismo condescendía con mis vicios inveterados y, desesperando de enmendarme, fomentaba mis males como hechos ya naturaleza en mí. Mas después que quedaron borradas con el agua de regeneración las manchas de la vida pasada y se infundió la luz en mi espíritu transformado y purificado, después que me cambió en un hombre nuevo por un segundo nacimiento la infusión del Espíritu celestial, al instante se aclararon las dudas de modo maravilloso... Tú mismo puedes comprender y reconocer a una conmigo de qué nos ha despojado y qué nos ha traído esta muerte de los vicios y esta vida de las virtudes. Tú bien lo sabes sin que yo lo pregone. Siempre es odiosa la jactancia en propio elogio; si bien no puede decirse jactancia, sino gratitud, el atribuirlo a don de Dios y no a las fuerzas del hombre... Don de Dios es, digo, todo lo que ahora podemos. De El vivimos, por El tenemos fuerzas.

*Escrito poco después del bautismo del autor, que tuvo probablemente lugar en la noche pas-
cual del año 246, el tratado se propone no solamente justificar la conversión del propio Cipriano,
sino también invitar a los demás a dar el mismo paso. Todo pecador debería sentirse esperanzado
al considerar el abismo de donde fue salvado Cipriano. El estilo es complicado, difuso y*

rebuscado, y difiere notablemente de la «elocuencia más diana y concisa» de sus escritos posteriores, como observó San Agustín (De doctr. christ. 4,14,31).

Fuente:

Prof. Johannes Quasten
Patología I
Hasta el concilio de Nicea
Tercera edición, Biblioteca de Autores Cristianos
Madrid, 1978
Págs. 636-638.641-642



A DONATO

1. Con razón me reconvienes, carísimo Donato; pues, en efecto, recuerdo que te di mi palabra y este es tiempo oportuno de cumplirla, porque, con la bonanza de la vendimia el ánimo desembarrazado logra para su descanso la acostumbrada y estable quietud después de las fatigas del resto del año. Además, el paraje dice bien con el tiempo; y la cara amena que presentan los jardines conspira con los suaves céfiros del otoño a regalar y halagar los sentidos. Es agradable pasar aquí el día en conversación e instruir el entendimiento con discursos que tiendan a los preceptos divinos. Y con el fin de que no interrumpa nuestra charla un interlocutor profano, ni nos perturbe el criterio descompasado del bullicio de los esclavos, vamos a aquel sitio; allí está más retirado por la soledad que le rodea; allí donde los pámpanos serpenteantes que trepan con sus rizos colgantes por los soportes de cañas formaron una pérgola con parras de frondosa cubierta. En ningún lugar tan a propósito para conversar, y a la par que contemplamos árboles y vides, que regocijan la vista con tan ameno espectáculo, el espíritu se alimenta con lo que entra por el oído, mientras se apacientan los ojos; si bien, no tienes otra ansia y preocupación que escuchar, sin cuidarte de la contemplación de encanto tan halagüeño; y por el afecto que me profesas, tienes los ojos puestos en mí y me prestas toda tu atención para escucharme.

2. De otra parte, por poco y malo que sea lo que salga de mí para tu espíritu, pues la pequeñez de mi pobre talento produce escasa cosecha y no llega a cargarse con abundantes espigas del fecundo cereal, con todo pondré a contribución las fuerzas de que dispongo, pues, además, el tema dice bien conmigo. En las causas del foro, en la tribuna se jacta la oratoria ostentosa de sus fluidos recursos; mas, cuando se habla del Señor y de Dios, la sencillez auténtica de la palabra no debe apoyarse en las habilidades de la elocuencia como argumentos de la fe, sino en la sustancia del contenido. En fin, escucha no discursos grandilocuentes, sino sólidos; no adornados con las galas de piezas bien compuestas para halago de los oídos del público, sino de estilo llano, con la verdad escueta para anunciar las bondades de Dios. Lo que voy a decirte mejor se siente que se aprende. Escucha cosas que se sienten antes de aprenderlas, cosas que no se comprenden con largas especulaciones a fuerza de tiempo, sino que se extraen del poder de la gracia, que da sazón a nuestros conocimientos.

3. Cuando estaba postrado en las tinieblas de la noche, cuando iba zozobrando en medio de las aguas de este mundo borrascoso y seguía en la incertidumbre el camino del error sin saber qué sería de mi vida, desviado de la luz de la verdad, me imaginaba cosa difícil y sin duda alguna dura, según eran entonces mis aficiones, lo que me prometía la divina misericordia: que uno pudiera renacer y que, animado de nueva vida por el baño del agua de salvación, dejara lo que había sido y cambiara el hombre viejo de espíritu y mente, aunque permaneciera la misma estructura de su cuerpo. ¿Cómo es posible, me decía, tal transformación, que de la noche a la mañana, tan de repente, se despoje uno de lo que es congénito a la misma naturaleza, o se ha endurecido por hábitos inveterados? Estos se han arraigado con raíces muy hondas. ¿Cuándo aprenderá la parsimonia quien se ha acostumbrado a espléndidas cenas y opíparos convites? Y ¿cuándo se va a contentar con vulgar y sencillo atuendo quien siempre brilló por el oro y la púrpura de sus rozagantes vestidos? No puede reducirse a un particular sin pomposo aparato el que gozó de dignidades y cargos. Aquel que suele ir rodeado de una escolta de clientes, cortejado con numerosa comitiva de aduladores, considera como un tormento el verse solo. A quienes se han apegado a los halagos de las pasiones es necesario, como de costumbre, que les arrastre la embriaguez, los hinche la soberbia, los exalte la ira, los despedace la codicia, los provoque la crueldad, los alucine la ambición, los precipite la lujuria.

4. Esto me decía una y mil veces a mí mismo. Pues, como me hallaba retenido y enredado en tantos errores de mi vida anterior, de los que no creía poder desprenderme, yo mismo condescendía con mis vicios inveterados y, desesperando de enmendarlos, fomentaba mis males como hechos ya naturaleza en mí. Mas después que quedaron borradas con el agua de regeneración las manchas de la vida pasada y se infundió la luz en mi espíritu transformado y purificado, después que me cambió en un hombre nuevo por un segundo nacimiento la infusión del Espíritu celestial, al instante se aclararon las dudas de modo maravilloso, se abrió lo que estaba cerrado, se disiparon las tinieblas, se volvió fácil lo que antes parecía difícil, se hizo posible lo que se creía imposible, de modo que pude reconocer que provenía de la tierra mi anterior vida carnal sujeta a los pecados, que era cosa de Dios lo que ahora estaba animado por el Espíritu Santo. Tú mismo puedes comprender y reconocer a una conmigo de qué nos ha despojado y qué nos ha traído esta muerte de los vicios y esta vida de las virtudes. Tú bien lo sabes, sin que yo lo pregone. Siempre es odiosa la jactancia en propio elogio; si bien no puede decirse jactancia, sino gratitud, el atribuirlo a don de

Dios y no a las fuerzas del hombre, de manera que el no pecar ahora es favor de la gracia, y el haber pecado antes fue efecto de la miseria humana. Don de Dios es, digo, todo lo que ahora podemos. De Él vivimos, por Él tenemos fuerzas, de Él recibimos y sentimos aquel vigor por el cual, aun permaneciendo en esta vida, nos anticipamos a gustar los preludios de la futura. Solamente debemos tener temor de perder la inocencia, para que el Señor, que por su misericordia infundió su gracia celestial en nuestras almas, permanezca complacido merced a nuestras buenas obras en nuestro espíritu, como en su morada, no sea que la seguridad concedida nos haga descuidados y se introduzca de nuevo el antiguo enemigo.

5. Por lo demás, si tú te asientas con pie firme en el camino de la inocencia, de la justicia, si uniéndote tan solo a Dios con todas tus fuerzas y con toda tu alma, no eres más que lo que has empezado a ser, cuanto mayor fuere en ti el aumento de gracia, tanto mayor capacidad de fuerzas se te dará. No hay medida alguna en las mercedes que recibimos de Dios, como suele haberla en los beneficios de acá abajo. El Espíritu, que se derrama sobreabundantemente, no se ve oprimido por límites ni encerrado en estrecho espacio que lo frene. Fluye sin cesar, rebosa su abundancia; solamente tiene que abrirse nuestro corazón y estar sediento. Cuanta fe seamos capaces de presentar, tanta abundancia de gracia recogeremos. Entonces ya podemos, mediante una castidad austera, una alma pura, unas palabras limpias, remediar a los dolientes, destruir la ponzoña, purificar las almas de los enfermos devolviéndoles la salud, imponer la paz a los enemigos, la calma a los violentos, la mansedumbre a los iracundos; obligar a los espíritus inmundos y vagabundos que se introdujeron en los hombres para atormentarlos, a confesar increpándoles con amenazas, forzarlos con duros azotes a que salgan, aumentarles el castigo si se resisten; si aúllan, si gimen, sacudirles con látigos, abrasarlos con el fuego. Esto se produce allí, pero no se ve. El efecto del castigo es oculto, aunque el castigo del exorcismo es manifiesto. Por eso, desde que empezamos a ser tuyos, el Espíritu que hemos recibido obra con toda libertad; mas, porque no hemos cambiado todavía de cuerpo y miembros, nuestros ojos carnales están aún oscurecidos con las nubes del siglo. ¡Qué gran dignidad tiene el alma! ¡Qué grande su poder! No solo ha quedado desprendido del pernicioso apego del mundo, hasta estar libre por su expiación y pureza de la peste esparcida por el enemigo, sino que ha adquirido mayor y más poderosa pujanza de fuerzas, que se impone con imperio a todas las legiones del enemigo atacante.

6. Y para que resplandezcan con mayor brillo los efectos de la divina gracia mediante la

manifestación de la verdad, te daré luz de conocimiento y, después de quitada la oscuridad de los vicios, disiparé las tinieblas en que está envuelto el mundo. Imagínate por un momento que subes a la cumbre de un elevado monte, que desde allí diriges una mirada al espectáculo de todo lo que está a tus pies, y que libre del contagio mundano, con la vista extendida en varias direcciones, contemplas las borrascas de este mundo anegado. Seguramente por ti mismo te compadecerás de este mundo, y estarás ya prevenido por tu parte; y a la vez, agradecido con Dios, te sentirás más satisfecho de haber escapado de sus peligros. Observa los caminos infestados de ladrones, los mares acechados por piratas, por todas partes divididos los pueblos por los horrores de sangrientas guerras. Todo el mundo está bañado en la sangre de sus habitantes. Cuando alguno comete un homicidio, se considera como crimen; es virtud cuando se ejecuta oficialmente. Hace impune a la maldad no el título de inocencia, sino la magnitud de la crueldad.

7. Si, además, vuelves la vista y la atención a las ciudades, encontrarás un tropel más lamentable que la misma soledad. Se organizan juegos de gladiadores para que la sangre apaciente la crueldad de los ojos. Se les engorda el cuerpo con los manjares más sólidos y se les engrasa con aceite los robustos músculos, para que al fin vendan caras sus vidas en la pelea. Se mata al hombre para causar placer a otros hombres. Y es pericia la habilidad en matar, es práctica, es un arte; y tal maldad no solo se comete, sino que se enseña. ¿Qué puede haber más inhumano, más cruel? Es arte el saber matar a otro, y gloria el hacer que muera. Pues ¿qué dirás de aquello de que algunos se arrojen a las fieras, sin que hayan sido condenados, en plena edad, bien conformados de cuerpo, con vestidos costosos? Se preparan en la flor de su vida para hacerse sus propios funerales, y se glorían como desgraciados de su desdicha. Luchan con las fieras no por causa de un delito, sino por una locura. Los padres están mirando cómo combaten sus hijos; el hermano y la hermana se hallan en los asientos del anfiteatro, y, aunque el rumboso aparato del espectáculo aumente su magnificencia, para que la madre asista a sus propios sufrimientos, esto, ¡qué dolor! hasta lo paga la madre. Y aun creen los ojos que no son parricidas en tan impíos y bárbaros espectáculos.

8. Vuelve luego tu rostro a otra maldad no menos abominable de otra clase de juegos: puedes ver en el teatro también lo que te causaría dolor y vergüenza. La altisonante tragedia sirve para reproducir las antiguas fechorías en verso. Se representan con la acción plástica, a semejanza de la realidad, los horrores de los parricidios e incestos pasados, para que no perezca nunca en el curso de los siglos el recuerdo de la maldad cometida. Se enseña a todo el mundo a escuchar que

puede hacer lo que antes se hizo. Así nunca mueren los delitos a pesar de los siglos, nunca se borran con el tiempo los crímenes, nunca quedan sepultados en el olvido. Las iniquidades que ya dejaron de existir se convierten en ejemplos presentes. Además, gusta en la comedia ver representar a un artista de torpezas lo que ha hecho en casa o escuchar lo que puede hacer. Se aprende el adulterio al verlo, y con el halago a los vicios proveniente del ejemplo de la autoridad pública, la matrona, que había acudido tal vez honesta al espectáculo, vuelve de él deshonesta. Añádase ¡qué estrago de las costumbres, qué incentivos de las obscenidades, qué pábulo de los vicios! La indecencia de los gestos de los comediantes; ver representar las torpezas e incestos contra las leyes de la naturaleza; hacerse eunucos los hombres; se debilita toda dignidad y vigor del sexo con la ignominia de un cuerpo afeminado; y el que más se haya transformado en mujer, más agrado causa. Cuanto más hábil en torpezas es uno considerado, tantos más aplausos recibe. Aquí se le contempla, ¡qué maldad!, con placer. Un hombre de tal índole ¿a qué extremo no provocará? Despierta la sensualidad, halaga la pasión, ahuyenta de sí la conciencia honrada y viril; no le faltan autorizados ejemplos del vicio atrayente, para que, escuchándolo con menos rubor, tenga entrada el mal en los espectadores. Representan aquí a la Venus lasciva, a Marte adúltero, a aquel Júpiter, su príncipe no tanto por el cetro cuanto por sus vicios, ardiendo de amores terrenos con todos sus rayos, ya blanco como un cisne, ya cayendo con lluvia de oro, ya bajando en alas del águila para robar los jóvenes que empiezan la pubertad. Mira, pues, ahora si puede haber alguien que contemple el teatro limpio y puro. No hace más que imitar a los dioses a quienes venera. Para estos desgraciados los delitos se cubren también con capa de religión.

9. ¡Oh, si, puesto en aquella elevada atalaya, dirigieres tus ojos a los lugares secretos y pudieres abrir las puertas cerradas de los aposentos y sacar a la luz lo más oculto de las casas! Verías cometer por los impúdicos lo que no pueden ni mirar unos ojos pudorosos; verías lo que solo el mirar es ya un crimen; verías lo que niegan haber cometido los alocados por el frenesí de los vicios, y con todo se apresuran a hacerlo. Los varones se prostituyen unos a otros, con morboso apetito. Ejecutan lo que no pueden aprobar los mismos que lo cometen. No digo bien; el mismo que así obra, condena a los otros de su ralea; el deshonesto difama a los deshonestos y cree que, a pesar de ser consciente de su culpa, ha escapado, como si no fueran bastantes los remordimientos de su conciencia. Los mismos que son acusadores en público, en privado son reos, censores contra sí mismos a la vez que delincuentes; reproban en lo exterior lo que en lo interior abonan con sus obras; cometen

voluntariamente lo que recriminan después de cometido. Juntan la osadía, además, a los vicios, y la desvergüenza a la deshonestidad. No te espantes de que hablen estos de esa forma; en sus bocas las palabras son su menor delito.

10. Pero después de los caminos llenos de salteadores, después de las luchas frecuentes por todo el orbe, después de los espectáculos sangrientos, obscenos, después de las ignominias de las pasiones, cometidas en prostíbulos o en el secreto de lugares privados, cuyo desenfreno se aumenta cuanto más secreto es el pecado, quizás te parezca el tribunal inmune, porque, libre de estas maldades provocativas, queda limpio del contacto de todo género de desórdenes. Vuelve, empero, tus ojos allá: muchas cosas encontrarás allí que detestar y tendrás que apartar la vista de aquel lugar. Bien que se hayan grabado las leyes de las doce tablas y se hayan expuesto al público en láminas de bronce; se peca dentro de las mismas leyes; no se salva la honradez ni allí donde se defiende. Un furor recíproco se ensaña entre los litigantes, y en el tribunal resuena el estrépito molesto de los pleitos sin lograr la paz. Allí están dispuestas las lanzas, y las espadas, y el verdugo, los garfios que desgarran, el potro que estira, el fuego que abrasa, siendo más los suplicios para atormentar a un solo cuerpo humano que sus miembros. Y ¿quién podrá acudir en ayuda entre estos tormentos? ¿El abogado? Si él es el primero que prevarica y engaña. ¿El juez? Si se deja sobornar a cuenta de la sentencia. El magistrado que se sienta en el tribunal para castigar los delitos, él mismo los comete, y, a trueque de hacer perecer a un reo inocente, se hace delincuente el juez. Por todas partes cunden los delitos, y en todas las formas de delincuencias se impone por medio de los malvados la iniquidad. Este finge un testamento; aquél falsifica una escritura bajo fraude del título; aquí se les quita a los hijos la herencia; allí se dan a extraños los bienes; el enemigo acusa, se levanta una calumnia, el testigo depone falsamente. De una y otra parte acuden esos venales que prostituyen su lengua para fingir crímenes, y entretanto no mueren con los inocentes los delincuentes. No hay respeto a las leyes, ningún temor al instructor de causas ni al juez; para qué temer a lo que puede lograrse por cohecho. Es ya un delito ser inocente entre los malos; y el que no imita a los malos, los ofende. Ya contemporizan las leyes con los delitos y empieza a ser lícito lo que es oficial. ¿Qué pudor, qué integridad puede haber allí donde falta quien condene a los malvados y solo existen quienes deben ser condenados?

11. Pero porque no parezca que elegimos las cosas peores y nos guía el deseo de hacer poner los ojos sobre las cosas que ofenden con su execrable y funesto aspecto la mirada y conciencia

delicadas, te mostraré ahora lo que la ignorancia de los mundanos considera bueno. Ahí verás cosas no menos dignas de aborrecerse, eso que crees dignidades honoríficas, esas insignias, esa abundancia de riquezas, ese poderío militar, el brillo de la púrpura de los magistrados, el poder ilimitado del príncipe; en todas esas grandezas se oculta el veneno del mal acariciante; y la cara hermosa y sonriente de la maldad esconde el engaño atrayente de una miseria disimulada. Es como una ponzoña en la que la bebida que se toma, elaborada con jugos mortíferos, parece condimentada con falso dulzor; una vez tomada, se ha bebido la muerte. También aquel hombre que aparenta derramar fulgores de su espléndido manto, con qué bajezas no compró todo este fausto; qué desdenes ha tenido que soportar de los soberbios antes; a cuántas puertas de estos magnates habrá tenido que acudir de mañana para cumplimentarles el saludo; cuántas veces habrá ido precediendo los pasos humillantes de estos altivos entre los grupos de clientes, para que a él mismo, después de recibir el obsequio del saludo, le precediese la turba del cortejo ostentoso, debida, empero, a la dignidad más que a su persona, pues no merecían sus costumbres ese honor, sino las insignias de su cargo. Debes ver, en fin, los resultados ignominiosos de estos tales. Cuando el adulador, que sabe prever las ocasiones, se aparta de su lado; cuando sus seguidores abandonan y deshonran la compañía del que ven ya como particular, entonces atormentan su conciencia los golpes que han dejado malparada su casa; entonces se dan cuenta de los perjuicios y desgaste de su patrimonio, por granjearse el favor del pueblo y buscar su adhesión con vanas esperanzas. Necios, además, y fútiles derroches; se pretendió comprar con el atractivo de un espectáculo ficticio lo que no aprovecharía al pueblo y sería dañoso al magistrado.

12. En cuanto a los que tienes por ricos, que añaden bosques a bosques y ensanchan sin límites sus fincas, arrojando al pobre de las heredades en su derredor; a estos, entre el peso del oro y la plata y los montones de inmensas riquezas que se acumulan o se van enterrando, también acosa la inquietud y la zozobra en medio de sus tesoros, temiendo no las robe el ladrón, no las ataque un enemigo, no las ponga en litigio calumniosamente la envidia de un adversario más poderoso. No comen ni duermen con sosiego, suspiran hasta en los banquetes, aunque beban en vasos incrustados de perlas. Cuando recuesta su plácido cuerpo en los convites en blando y magnífico lecho, le abandona el sueño y no comprende el infeliz que estas cosas son bonitos suplicios, que está atado por el oro y que más bien están ellos poseídos por las riquezas que estas poseídas por ellos; y, ¡oh detestable ceguera del espíritu, oh profundo letargo de una loca codicia!, pudiendo descargarse y

aliviarse de tanto peso, buscan cada vez más riquezas que les producen angustia, y se pegan tenazmente a mayores tormentos. No tienen generosidad para sus clientes, no distribuyen nada con los necesitados, y dicen que son suyos los caudales que guardan encerrados en su casa con tanta inquietud y cuidado como si fueran cosa ajena; no emplean nada de ellos ni para los amigos, ni para sus hijos, ni aun para sí mismos; tan solo los poseen para que otro no pueda poseerlos; y, ¡oh qué confusión de cosas!, llaman bienes a aquello que no usan sino para el mal.

13. ¿Acaso crees que estarán seguros y estables, aun entre las magnificencias de dignidades y poderíos, aquellos que, brillando con el esplendor del palacio regio, están rodeados de una escolta de centinelas armados y vigilantes? Estos precisamente tienen más miedo que los demás. Se ven en la necesidad de temer tanto cuanto ellos mismos son temidos. Las alturas del trono no eximen al poderoso de sobresaltos parejos, aunque se vea bien rodeado de una tropa de ministros y acompañado y protegido por numerosa guardia. En la medida en que él no deja tranquilos a sus súbditos, en la misma no lo está él; antes causa temor su poder a los mismos a quienes hace temibles. Este le sonríe para ponerle furioso, le acaricia para engañarle, le ensalza para derribarle. Cuanto mayores fueren las dignidades y honras buscadas con codicia perniciosa, tanto mayor rédito de penas le exigirá.

14. Así que solo hay un medio de vivir tranquilo y confiado, solo una firme y sólida seguridad: cuando uno, apartándose de estas inquietudes y borrascas del siglo, se acoge al amparo de un puerto favorable, levanta los ojos al cielo desde la tierra y, después de recibir la gracia de Dios y puesto el corazón en Él, se gloria de tener por vil todo lo que en los demás consideran los mundanos grande y elevado. Nada puede ya apetecer, nada puede desear de este mundo, quien es superior al mundo. ¡Qué defensa tan firme e incombustible, qué protección tan celestial llena de imperecederos bienes, el liberarse de los lazos y redes del mundo, purificarse de las heces de acá abajo para mirar a la luz de la inmortalidad sin fin! Debería tenerse presente el daño que nos causó anteriormente la astucia del ataque del enemigo. Nada nos compele más a amar lo que hemos de ser que poder saber y reprobar lo que éramos. Y para esto no es preciso dinero, ni dádivas, ni recomendación, como para lograr el mayor tesoro del mundo, las más altas dignidades o poderes con gran esfuerzo; en cambio, los dones de Dios son gratuitos y fáciles de alcanzar. Así como el sol resplandece, el día da su luz, las fuentes sus aguas, la lluvia su riego, así se difunde el espíritu celestial. Después que el alma que tiene su corazón en el cielo ha conocido a su autor, como más alta que el sol y

más elevada que todo poder terreno, empieza a ser lo que cree ser.

15. Tú, que ya has sido alistado en el ejército espiritual por la milicia del cielo, procura guardar la ley incorrupta y sobria con las virtudes de la religión. Tu oración y lectura deben ser continuas. Unas veces habla con Dios, otras contigo. Él te instruirá en sus preceptos; Él ha de prepararte. A quien Él hiciere rico, nadie hará pobre. No podrá haber penuria, una vez que el alimento del cielo sació su alma. Serán para ti basura los palacios con techos incrustados de oro y mármoles costosos, ya que sabes que mejor te has de arreglar y adornar a ti mismo, que esta tu casa es de más precio, porque el Señor habita en ella como en un templo, desde que el Espíritu Santo empezó a habitarla. Esta casa hemos de pintar con los colores de la inocencia e iluminar con las lámparas de la justicia. No hay que temer que se derrumbe carcomida por los arios, ni se deteriorará por desprenderse su pintura o su oro. Son caducos todos los barnices postizos, y no dan confianza segura a sus poseedores las posesiones que no tienen verdadera solidez. Esta casa permanecerá siempre hermosa y fresca, siempre con aspecto íntegro, con brillo perenne, no puede decaer ni extinguirse; solo, sí, se restituirá a mejor perfección cuando resucite su cuerpo.

16. Esto he podido decirte en breves palabras por ahora, mi carísimo Donato; pues aunque tu paciencia tolerante para el bien, tu sólida adhesión al Señor, tu fe firme gusten de escuchar mis saludables palabras y nada te sea más agradable que lo que agrada al Señor, hemos de omitir bastantes cosas por decir, ya que solemos juntarnos y hemos de hablar con frecuencia. Y porque ahora son días de fiesta y descanso, todo lo que queda del día, al declinar ya el sol a su ocaso, pasémoslo en alegría, y ni la misma hora de la cena quede sin condimento espiritual. Resuenen los salmos durante el sobrio convite y, puesto que tienes feliz memoria y melodiosa voz, empieza según sueles hacerlo. Deleitarás mejor a tus amigos si recreas nuestros oídos con cantos espirituales de piadosa suavidad.

0-0-0-0-0-0

Fuente:

Obras de San Cipriano
Edición Bilingüe
Tratados. Cartas

Introducción, versión y notas por Julio Campos, SCH. P.
Biblioteca de Autores Cristianos

Madrid, 1964

Págs. 106-121

Adaptación y presentación realizada por
Luis Mariano Salazar Mora